

JAMES DASHNER

EL CORREDOR DEL LABERINTO

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo



Madrid, 2010

Título original inglés: *The Maze Runner*

© de la obra: James Dashner, 2009

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C., esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2010

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-1-1

Depósito Legal: Z-3465-2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para Lynette. Este libro fue un viaje de tres años en el que nunca dudaste de mí.

CAPÍTULO 1

Empezó su nueva vida de pie, rodeado de fría oscuridad y aire viciado y polvoriento.

Todo era de metal. Una agitada sacudida movió el suelo bajo sus pies. Se cayó ante aquel movimiento repentino y retrocedió a cuatro patas, con unas gotas de sudor cubriéndole la frente a pesar del aire frío. Su espalda chocó contra una dura pared de metal y se deslizó por ella hasta que dio con la esquina de la habitación. Se arrellanó en el suelo, con las piernas bien pegadas al cuerpo y la esperanza de que pronto se le adaptaran los ojos a la oscuridad.

Con otro zarandeo, la habitación dio un tirón hacia arriba, como si se tratara de un viejo ascensor en el hueco de una mina.

Unos discordantes sonidos de cadenas y poleas, como el mecanismo de una antigua fábrica de acero, retumbaron en la habitación y agitaron las paredes con un diminuto chirrido ahogado. El ascensor sin luz se balanceó hacia delante y hacia atrás mientras ascendía, y al chico le entraron náuseas. Un olor a aceite quemado le invadió los sentidos y le hizo sentirse peor. Quería llorar, pero no le salían las

lágrimas; lo único que podía hacer era quedarse allí solo, sentado y a la espera.

«Me llamo Thomas», pensó.

Eso... eso era lo único que podía recordar de su vida.

No entendía cómo era posible. Su mente funcionaba a la perfección mientras trataba de averiguar dónde se había metido. El conocimiento inundó sus pensamientos; le vinieron a la cabeza hechos e imágenes, recuerdos y detalles del mundo y de cómo funcionaba. Se imaginó la nieve en los árboles, la sensación de correr por una calle cubierta de hojas, de comer una hamburguesa, el pálido brillo de la luna sobre un prado de hierba, nadar en un lago, la plaza de una ciudad con mucho movimiento y cientos de personas corriendo de aquí para allá, ocupadas con sus asuntos.

Pero, aun así, seguía sin saber de dónde venía, cómo se había metido en aquel oscuro ascensor ni quiénes eran sus padres. Ni siquiera sabía su apellido. Por un instante, le aparecieron en la cabeza imágenes de gente, pero no reconoció a nadie y unas inquietantes manchas de colores sustituyeron sus rostros. No podía pensar en ninguna persona que conociera ni tampoco recordaba una simple conversación.

La habitación continuó ascendiendo y balanceándose. Thomas acabó por hacerse inmune al incesante traqueteo de las cadenas que le llevaban hacia arriba. Pasó un largo rato. Los minutos se convirtieron en horas, aunque era imposible estar seguro porque cada segundo pa-

recía una eternidad. No. Era más listo que eso. Si confiaba en su instinto, sabría que llevaba moviéndose aproximadamente media hora.

Por extraño que pareciera, sintió que el miedo se retiraba como un enjambre de mosquitos atrapado por el viento y daba lugar a una intensa curiosidad. Quería saber dónde se encontraba y qué estaba sucediendo.

Con un crujido y después un golpe seco, la habitación ascendente se detuvo; aquel cambio repentino hizo que Thomas dejara de estar acurrucado y saliera disparado contra la dura superficie. Mientras se ponía de pie con dificultad, notó que la habitación cada vez se balanceaba menos, hasta que al final no se oyó nada. Todo parecía estar en silencio.

Pasó un minuto. Dos. Miró en ambas direcciones, pero no vio nada más que oscuridad. Volvió a tantear las paredes, buscando una salida, pero no había nada, sólo el frío metal. Gruñó, lleno de frustración. Su eco se amplificó en el aire como el angustioso gemido de la muerte. Se desvaneció y volvió a reinar el silencio. Gritó, pidió socorro y golpeó las paredes con los puños.

Nada.

Thomas regresó a un rincón, cruzó los brazos, se estremeció y el miedo volvió. Notó una sacudida preocupante en el pecho, como si el corazón quisiera escaparse, huir de su cuerpo.

—¡Que... alguien... me ayude! —gritó, y las palabras le irritaron la garganta.

Resonó un fuerte ruido metálico y, asustado, contuvo el aliento al levantar la vista. Una línea recta de luz cruzaba el techo de la habitación y Thomas vio cómo se expandía. Un sonido chirriante reveló dos puertas correderas que se abrían a la fuerza. Después de tanto tiempo en la oscuridad, sintió un gran dolor en los ojos provocado por la luz; apartó la mirada y se cubrió la cara con ambas manos.

Oyó unos ruidos —unas voces— y el miedo le oprimió el pecho.

—Mirad a ese pingajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Parece una clonc con camiseta.

—Tú sí que eres imbécil, cara fuco.

—¡Tío, aquí abajo huele a pies!

—Espero que hayas disfrutado del viaje de ida, verducho.

—No hay billete de vuelta, chaval.

Thomas fue azotado por una ola de confusión recubierta de pánico. Las voces eran raras, tenían algo de eco; algunas de las palabras que le decían eran extrañas y otras le resultaban más familiares. Mientras entrecerraba los ojos hacia la luz y hacia los que estaban hablando, trató de adaptar la vista. Al principio sólo vio unas sombras que se movían, pero no tardaron en tener forma de cuerpos, de gente que se inclinaba sobre el agujero del techo y le miraba, señalándole.

Y, entonces, como si las lentes de una cámara se hubiesen enfocado, comenzó a ver los rostros más nítidos. Todos eran chicos; algunos, jóvenes y otros, mayores. Thomas no sabía qué se había

imaginado, pero, al ver aquellas caras, se quedó desconcertado. Eran sólo adolescentes. Críos. Parte de su miedo desapareció, pero no lo suficiente para calmarle el corazón, que le latía a toda velocidad.

Alguien bajó una cuerda desde arriba, con el extremo atado a una gran lazada. Thomas vaciló, luego se metió en ella con el pie derecho y se agarró a la cuerda mientras tiraban de él hacia el cielo. Unas manos, muchas manos, le cogieron de la ropa para subirle. El mundo parecía dar vueltas en un remolino neblinoso de caras, color y luz. Un torrente de emociones le revolvió las tripas, se las retorció y tiró de ellas. Quería gritar, llorar, vomitar. El coro de voces se había quedado en silencio, pero alguien habló cuando tiraron de él para sacarlo por el borde afilado de la oscura caja. Y Thomas supo que nunca olvidaría aquellas palabras:

—Encantado de conocerte, pingajo —dijo el chico—. Bienvenido al Claro.

CAPÍTULO 2

Las manos que le ayudaban no dejaron de aferrarse a él hasta que Thomas se puso derecho y se limpió el polvo de la camiseta y los pantalones. Todavía deslumbrado por la luz, se tambaleó un poco. Se moría de curiosidad, pero aún se encontraba demasiado mal para observar con detenimiento dónde estaba. Sus nuevos compañeros no dijeron nada conforme giraba la cabeza e intentaba asimilarlo todo.

Mientras daba una vuelta despacio, los otros chicos se lo quedaron mirando, riéndose por lo bajo; algunos extendieron la mano y le empujaron con un dedo. Tenía que haber por lo menos unos cincuenta. Iban vestidos con ropa sucia y sudada, como si hubieran estado trabajando mucho; había de todas las formas, tamaños y razas, y cada uno llevaba el pelo de distinto largo. De repente, Thomas se sintió mareado; parpadeó mientras su mirada iba de los chicos al sitio extraño en que se hallaba.

Estaban en un patio inmenso, mucho más grande que un campo de fútbol, rodeado por cuatro muros enormes, hechos de piedra gris y cubiertos de hiedra por algunos sitios. Las paredes debían de medir muchísimos metros de alto, formaban un cuadrado perfecto

a su alrededor y, justo en medio, tenían una abertura tan alta como los mismos muros, que, según vio Thomas, daba a pasadizos y largos pasillos más allá.

—Mira al judía verde —dijo una voz ronca; Thomas no pudo ver a quién pertenecía—. Se va a romper su fuco cuello intentando averiguar dónde está.

Varios chicos se rieron.

—Cállate la boca, Gally —respondió una voz más grave.

Thomas se volvió a centrar en el montón de extraños que tenía a su alrededor. Sabía que debía tener cuidado; se sentía como si le hubiesen drogado. Un chico alto, con el pelo rubio y una mandíbula cuadrada, le miró primero con desdén y, después, inexpresivo. Uno bajito y regordete caminó inquieto, adelante y atrás, mirando a Thomas con los ojos abiertos de par en par. Un asiático muy musculoso se le quedó estudiando con los brazos cruzados, bien remangados para enseñar los bíceps. Un chico moreno le miró con el entrecejo fruncido; era el mismo que le había dado la bienvenida. Otros tantos le observaban.

—¿Dónde estoy? —preguntó Thomas, sorprendido al oír su voz por primera vez desde que tenía memoria. No sonaba muy bien, era algo más aguda de lo que hubiera imaginado.

—En ningún sitio bueno —contestó el chico de piel morena— que te haga sentir a gusto y relajado.

—¿Qué guardián le vamos a poner? —gritó alguien al final del grupo.

—Ya te lo he dicho, cara fuco —respondió una voz chillona—. Es una clonc, así que será un deambulante, sin duda —el muchacho se rió como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo.

Thomas sintió una vez más una persistente angustia debida a la confusión por oír tantas frases y palabras que no tenían sentido. Pingajo. Fuco. Guardián. Deambulante. Salían de las bocas de los chicos con tanta naturalidad que le parecía raro no entenderlas. Era como si su pérdida de memoria le hubiese robado una parte de su idioma. Era desorientador.

Diferentes emociones luchaban por el dominio en su mente y su corazón. Confusión. Curiosidad. Pánico. Miedo. Pero lo que las unía todas era la oscura sensación de completa desesperanza, como si el mundo hubiese acabado para él, como si hubiera sido borrado de su memoria y hubiese sido sustituido por algo horrible. Quería salir corriendo y esconderse de esa gente.

El chico de la voz áspera estaba hablando:

—... incluso eso es demasiado, me apostaría el hígado.

Thomas aún seguía sin verle la cara.

—¡He dicho que os calléis la boca! —gritó el moreno—. ¡Como sigáis dándole a la lengua, la siguiente interrupción la corto por la mitad!

Thomas se dio cuenta de que aquel debía de ser el líder. Como no soportaba que se le quedaran mirando embobados de aquella manera, se concentró en examinar el lugar que aquel chico había llamado el Claro.

El suelo del patio parecía estar hecho de enormes bloques de piedra, muchos de ellos agrietados, llenos de césped y hierbajos. Un extraño edificio de madera en ruinas, junto a una de las esquinas del cuadrado, contrastaba mucho con la piedra gris. Unos cuantos árboles lo rodeaban. Sus raíces eran como manos nudosas que se clavaban en el suelo de roca en busca de comida. En otra esquina del recinto había un huerto en el que Thomas distinguió, desde donde él estaba, maíz, tomateras y árboles frutales.

Al otro lado del patio había corrales de madera en los que se guardaban ovejas, cerdos y vacas. Un bosquecillo ocupaba la última esquina; allí, los árboles más cercanos parecían estar enfermos y al borde de la muerte. El cielo sobre sus cabezas era azul y estaba despejado, pero Thomas no vio ni rastro del sol, a pesar de la claridad del día. Las sombras que se movían lentamente por las paredes no revelaban la hora ni la dirección; podría haber sido temprano por la mañana o bien entrada la tarde. Al respirar hondo para intentar calmar sus nervios, le asaltó una mezcla de olores: tierra recién removida, estiércol, pino, algo podrido y algo dulce. De algún modo, supo que esos olores correspondían a una granja.

Thomas volvió a mirar a sus captores, incómodo pero a la vez desesperado por hacer preguntas.

«Captore —pensó—. ¿Por qué ha aparecido esa palabra en mi cabeza?».

Examinó sus caras, repasó todas sus expresiones, los juzgó. Los ojos de un muchacho reflejaban odio, lo que le dejó helado. Parecía tan enfadado que a Thomas no le habría sorprendido si se hubiera acercado a él con un cuchillo. Tenía el pelo negro y, cuando sus miradas se cruzaron, el chico sacudió la cabeza, se dio la vuelta y caminó hacia un poste de hierro grasiento con un banco de madera al lado. Una bandera multicolor colgaba débilmente de la punta del poste y, al no hacer viento, no se distinguía el dibujo que la decoraba. Conmocionado, Thomas permaneció con la vista clavada en la espalda del chico hasta que este se dio la vuelta para sentarse y, entonces, apartó la mirada enseguida.

De repente, el líder del grupo, que tendría unos diecisiete años, dio un paso adelante. Llevaba ropa normal: una camiseta negra, unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y un reloj digital. Por algún motivo, la ropa que llevaba le sorprendió; era como si todo el mundo tuviese que llevar puesto algo más amenazador, como el uniforme de un presidiario. El chico moreno tenía el pelo muy corto y la cara bien afeitada. Pero, aparte de un constante ceño fruncido, no había nada más en él que le asustara.

—Es una larga historia, pingajo —dijo el chico—. La irás aprendiendo poco a poco. Te llevaré de Visita mañana. Hasta entonces... no rompas nada —extendió la mano—. Me llamo Alby —sin duda, esperaba que le estrechara la mano.

Thomas se negó. Una especie de instinto dominaba sus acciones y, sin decir nada, le dio la espalda a Alby y caminó hacia un árbol

que había al lado, donde se dejó caer para sentarse con la espalda apoyada en la áspera corteza. El pánico volvió a crecer dentro de él hasta tal punto que apenas pudo soportarlo. Pero respiró hondo y se obligó a intentar aceptar la situación.

«Venga —pensó—, no averiguarás nada si te dejas llevar por el miedo».

—Pues cuéntamela —replicó Thomas, esforzándose por no alterar la voz—. Cuéntame esa historia tan larga.

Alby miró a los amigos que tenía más cerca y puso los ojos en blanco. Thomas volvió a examinar al grupo. Su cálculo original había estado cerca. Habría unos cincuenta o sesenta adolescentes y otros un poco mayores, como Alby, que parecía ser de los más viejos. En aquel momento, Thomas se dio cuenta con un estremecimiento de que no tenía ni idea de cuántos años tenía. Al pensarlo, le dio un vuelco el corazón. Estaba tan perdido que ni siquiera sabía cuál era su edad.

—En serio —dijo, dejando de mostrar valentía—, ¿dónde estoy?

Alby fue hasta él y se sentó a su lado con las piernas cruzadas; el grupo de chicos le siguió y se quedó detrás. Se asomaron unas cuantas cabezas aquí y allá; los chavales se inclinaban en todas las direcciones para poder verlo mejor.

—Si no estuvieras asustado —respondió Alby—, no serías humano. Como actúes diferente, te tiraré por el Precipicio, porque entonces significará que eres un psicópata.

—¿El Precipicio? —preguntó Thomas mientras le desaparecía la sangre de la cara.

—Foder —contestó Alby, y se restregó los ojos—. No vamos a empezar ese tipo de conversación, ¿me captas? Aquí no matamos a los pingajos como tú, te lo prometo. Tan sólo evita que te maten, intenta sobrevivir o lo que sea —hizo una pausa, y Thomas se dio cuenta de que su cara debió de haberse puesto aún más blanca al oír la última parte—. Tío —añadió, y luego se pasó las manos por su corto pelo mientras soltaba un largo suspiro—, no se me da muy bien esto. Tú eres el primer judía verde desde que mataron a Nick.

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par. Un chico salió del grupo y le dio una colleja a Alby.

—Espera a la puñetera Visita, Alby —dijo con una voz pastosa y un acento extraño—. Al chaval le va a dar un ataque al corazón y aún no ha oído nada —se agachó y le ofreció la mano a Thomas—. Me llamo Newt, verducho, y todos estaremos muy contentos si perdonas a nuestro nuevo líder, que por lo visto tiene una clonc en vez de cerebro.

Thomas extendió el brazo y estrechó la mano del chico. Parecía mucho más simpático que Alby. Newt también era más alto que Alby, pero tal vez un año o así más joven. Su pelo rubio y largo le caía por la camiseta y las venas se le marcaban en sus brazos musculosos.

—Cierra el pico, cara fuco —gruñó Alby, y tiró de Newt para que se sentara a su lado—. Al menos entiende la mitad de mis palabras.

Se oyeron unas risas aisladas y, entonces, todos se reunieron detrás de Alby y Newt, incluso más apiñados que antes, esperando a ver qué decían. Alby extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Este lugar se llama el Claro, ¿vale? Es donde vivimos, donde comemos, donde dormimos... y nosotros nos llamamos los clarianos. Eso es todo lo que...

—¿Quién me ha enviado aquí? —preguntó Thomas, y el miedo por fin dio paso al enfado—. ¿Cómo...?

Pero Alby le interrumpió con la mano antes de que pudiera terminar y le agarró de la camiseta mientras se inclinaba hacia delante sobre sus rodillas.

—¡Levántate, pingajo, levántate!

Alby se puso de pie y arrastró a Thomas con él. El chico se levantó, asustado de nuevo. Retrocedió hacia el árbol, intentando apartarse de Alby, que estaba pegado a su cara.

—¡No me interrumpas, chico! —gritó Alby—. Atontado, si te lo contamos todo, te morirás aquí mismo, justo después de cloncarte en los pantalones. Los embolsadores se te llevarán a rastras y entonces no nos servirás de nada, ¿te enteras?

—Ni siquiera sé de lo que me estás hablando —dijo Thomas despacio, sorprendido al oír lo firme que sonaba su voz.

Newt cogió a Alby por los hombros.

—Alby, relájate un poco. En vez de ayudar, lo estás estropeando, ¿sabes?

Alby soltó la camiseta de Thomas y retrocedió, con el pecho moviéndose por su respiración agitada.

—No tengo tiempo para ser amable, judía verde. Tu antigua vida se ha acabado y has empezado una nueva. Aprende rápido las reglas, escucha y no hables. ¿Lo pillas?

Thomas miró a Newt, esperando su ayuda. Todo en su interior se revolvió y le dolía; las lágrimas que aún no habían brotado hacían que le ardieran los ojos.

Newt asintió.

—Verducho, le entiendes, ¿verdad? —volvió a asentir.

Thomas estaba que echaba humo, quería darle un puñetazo a alguien. Pero se limitó a contestar:

—Sí.

—Muy bien —dijo Alby—. El Primer Día. Eso es lo que es hoy para ti, pingajo. Se está haciendo de noche y los corredores no tardarán en regresar. Hoy la Caja ha llegado tarde y no tenemos tiempo para la Visita. La dejaremos para mañana por la mañana, en cuanto nos despertemos —se volvió hacia Newt—. Consíguele una cama y que se vaya a dormir.

—Muy bien —respondió Newt.

Los ojos de Alby volvieron a mirar a Thomas y se entrecerraron.

—Al cabo de unas semanas, estarás contento, pingajo. Estarás contento y nos servirás de ayuda. Ninguno de nosotros, al igual que tú, sabía ni jota el Primer Día. Tu nueva vida empieza mañana.

Alby se dio la vuelta y se abrió camino entre los demás hacia el inclinado edificio de madera que había en la esquina. La mayoría de los chicos se dispersó, no sin antes detenerse un rato a mirar a Thomas.

El muchacho se cruzó de brazos, cerró los ojos y respiró hondo. El vacío que le consumía por dentro pronto fue reemplazado por una tristeza que le agujijoneaba el corazón. Era demasiado. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar? ¿Era algún tipo de cárcel? Los chicos hablaban raro y a ninguno de ellos parecía importarle si él vivía o moría. Las lágrimas amenazaron de nuevo con inundar sus ojos, pero las contuvo.

—¿Qué he hecho? —susurró sin pretender que nadie le oyera—. ¿Qué he hecho para que me manden aquí?

Newt le dio una palmada en el hombro.

—Verducho, lo que estás sintiendo ahora, lo hemos sentido todos. Todos hemos tenido un Primer Día, cuando salimos de la caja oscura. Las cosas están mal, sí, y se pondrán mucho peor para ti pronto, esa es la verdad. Pero, al final, lucharás bien. Sé que no eres una nenaza.

—¿Es esto una cárcel? —preguntó Thomas. Profundizó en la oscuridad de sus pensamientos, tratando de encontrar una rendija a su pasado.

—Has hecho ya cuatro preguntas, ¿no? —contestó Newt—. Bueno, no hay respuestas para ti, aún no. Será mejor que por ahora estés callado y aceptes el cambio. Mañana será otro día.

Thomas no dijo nada y agachó la cabeza con los ojos clavados en el suelo rocoso y resquebrajado. Una hilera de maleza de hojas pequeñas recorría el borde de uno de los bloques de piedra, con florecitas amarillas asomándose como si buscaran el sol, que ya hacía rato que había desaparecido detrás de los enormes muros del Claro.

—Chuck te irá bien —dijo Newt—. Es un pingajo un poco gordito, pero cuando se le trata es buen chaval. Quédate aquí, ahora vuelvo.

Newt apenas había acabado la frase cuando, de improviso, se oyó un grito desgarrador en el aire. Agudo y estridente, el chillido, que apenas era humano, retumbó en el patio de piedra; todos los chicos que había a la vista se volvieron en dirección al ruido. A Thomas se le heló la sangre al darse cuenta de que aquel horrible sonido provenía del edificio de madera. Incluso Newt pegó un brinco, como si se hubiera sobresaltado, y arrugó la frente por la preocupación.

—Foder —exclamó—. ¿Es que los puñeteros mediqueros no pueden ocuparse del chico durante diez minutos sin mi ayuda? —negó con la cabeza y le dio una patada suave a Thomas en el pie—. Ve a buscar a Chuckie y dile que él es el encargado de encontrarte un sitio para dormir —y entonces se dio la vuelta y se dirigió al edificio, corriendo.

Thomas se dejó caer por la áspera superficie del árbol hasta que volvió a sentarse en el suelo; se encogió contra la corteza y cerró los ojos, deseando poder despertarse de aquella terrible pesadilla.

CAPÍTULO 3

Thomas permaneció allí sentado un momento, demasiado abrumado para moverse. Al final se obligó a mirar hacia el destartado edificio. Un grupo de chicos se arremolinaba fuera, mirando con inquietud por las ventanas superiores, como si esperaran que una horrible bestia saliera en una explosión de madera y cristal.

Un ruidito metálico que provenía de las ramas sobre su cabeza atrajo su atención y le hizo alzar la vista; vio un destello de luz roja y plateada justo antes de que desapareciera al otro lado del tronco. Se puso de pie enseguida para dar la vuelta al árbol y estiró el cuello para ver si veía algo de lo que había oído; pero sólo había ramas peladas, grises y marrones, que se bifurcaban como los dedos de un esqueleto y parecían igual de vivas.

—Esa era una de las cuchillas escarabajo —dijo alguien.

Thomas se volvió hacia la derecha para ver al chico bajito y regordete que estaba a su lado, mirándolo fijamente. Era joven, puede que el más joven que había visto hasta ahora de todos los del grupo; tendría unos doce o trece años. El pelo castaño le caía por las orejas hasta el cuello y le rozaba los hombros; de no ser por

aquellos brillantes ojos azules, sólo tendría una cara sonrojada, fofa y lastimera.

Thomas le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Una cuchilla qué?

—Una cuchilla escarabajo —repitió el chico, señalando la copa del árbol—. No te hará daño, a menos que seas tan estúpido como para tocarla —hizo una pausa—. Pingajo.

No pareció muy cómodo al decir la última palabra, como si todavía no hubiese captado el argot del Claro.

Otro grito, este más largo y desquiciante, cortó el aire y a Thomas le dio un vuelco el corazón. El miedo era como rocío congelado sobre su piel.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó al tiempo que señalaba el edificio.

—No lo sé —contestó el chico rellenito, que aún tenía voz de niño—. Ben está ahí, más enfermo que un perro. Le cogieron.

—¿Le cogieron?

A Thomas no le gustó el modo malicioso en que lo había dicho.

—Sí.

—Pero ¿quiénes?

—Es mejor que nunca lo averigües —respondió el chaval, que parecía muy lejos de estar cómodo con aquella situación. Le ofreció la mano—. Me llamo Chuck. Yo era el judía verde hasta que tú apareciste.

«¿Y este es el guía que voy a tener esta noche?», pensó Thomas. No podía quitarse de encima aquella extrema inquietud, a la que ahora se le había unido el enfado. Nada tenía sentido y le dolía la cabeza.

—¿Por qué todos me llaman «judía verde»? —inquirió mientras estrechaba rápido la mano de Chuck; luego se la soltó.

—Porque eres el novato más reciente.

Chuck señaló a Thomas y se rió. Se oyó otro grito en la casa, un sonido como si estuvieran torturando a un animal muerto de hambre.

—¿Cómo puedes reírte? —preguntó Thomas, horrorizado por el ruido—. Parece que se esté muriendo alguien ahí dentro.

—Se pondrá bien. Nadie muere si vuelve a tiempo para que le pongan el Suero. Es todo o nada. Te mueres o no te mueres. Pero duele mucho.

Aquello le dio a Thomas qué pensar.

—¿El qué duele mucho?

Los ojos de Chuck se desviaron como si no estuviera seguro de lo que tenía que decir.

—Ummm, cuando los laceradores te pican.

—¿Los laceradores?

Thomas cada vez estaba más confundido. «Unos laceradores que pican». Aquellas palabras le provocaron terror y, de repente, no estuvo seguro de si quería saber de lo que estaba hablando Chuck.

El niño se encogió de hombros y apartó la mirada con los ojos en blanco. Thomas suspiró de frustración y se recostó en el árbol.

—Por lo visto, no sabes mucho más que yo —dijo, aunque sabía que no era cierto.

Su pérdida de memoria era rara. Recordaba bastante bien cómo funcionaba el mundo, pero no tenía detalles, caras ni nombres. Como un libro completamente intacto cuya lectura resulta confusa y horrible al faltarle una palabra de cada doce. Ni siquiera sabía cuántos años tenía.

—Chuck..., ¿qué edad crees que tengo?

El niño le examinó de arriba abajo.

—Diría que unos dieciséis. Y, en caso de que te lo estés preguntando, un metro ochenta... pelo castaño. Ah, y tan feo como un hígado frito en un palo —soltó una carcajada.

Thomas estaba tan sorprendido que apenas oyó la última parte. ¿Dieciséis años? ¿Tenía dieciséis? Se sentía mucho más viejo.

—¿Lo dices en serio? —hizo una pausa para tratar de encontrar las palabras adecuadas—. ¿Cómo...? —no sabía ni siquiera qué preguntar.

—No te preocupes. Estarás atontado unos días, pero luego te acostumbrarás a este sitio. Yo lo he hecho. Vivimos aquí, y ya está. Es mejor que vivir sobre una pila de clonc —entrecerró los ojos, quizás anticipándose a la pregunta de Thomas—. *Clonc* es otra palabra para caca. Es el sonido que hace la caca al caer en los botes donde hacemos pis.

Thomas miró a Chuck, sin dar crédito a la conversación que estaban teniendo. «Está bien», fue todo lo que pudo decir. Se levantó y pasó por delante del niño en dirección al viejo edificio; aunque la palabra *choza* lo describía mucho mejor. Parecía tener tres o cuatro pisos de altura y estar a punto de caerse en cualquier momento. Era una demencial colección de troncos y tablas, cuerda gruesa y ventanas puestas al azar delante del sólido muro de roca, cubierto de hiedra. Mientras avanzaba por el patio, el inconfundible olor a leña y a algún tipo de carne que estaban cocinando hizo que le rugiera el estómago. Ahora que sabía que los gritos eran de un chico enfermo, Thomas se sintió mejor. Hasta que se puso a pensar en lo que habría provocado aquel dolor...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Chuck, corriendo detrás de él para alcanzarle.

—¿Qué?

—Tu nombre. Aún no nos lo has dicho, y sé que te acuerdas de eso.

—Thomas.

Casi no se oyó pronunciarlo; había empezado a pensar en otra cosa. Si Chuck tenía razón, acababa de descubrir un vínculo con el resto de los chicos. Un patrón común en su pérdida de memoria. Todos recordaban sus nombres. ¿Por qué no el de sus padres? ¿Por qué no el de sus amigos? ¿Por qué no sus apellidos?

—Encantado de conocerte, Thomas —dijo Chuck—. No te preocupes, yo cuidaré de ti. Llevo aquí ya un mes entero y conozco el sitio por dentro y por fuera. Puedes contar conmigo, ¿vale?

Thomas ya casi había llegado a la puerta principal de la choza y al pequeño grupo de chicos que había allí reunidos, cuando le vino un repentino y sorprendente ataque de ira. Se dio la vuelta para mirar a Chuck.

—Pero ¡si no me cuentas nada! Eso yo no lo llamaría cuidar de mí.

Se volvió de nuevo hacia la puerta, decidido a entrar para encontrar algunas respuestas. No tenía ni idea de dónde habían salido aquel inesperado valor y aquella determinación.

Chuck se encogió de hombros.

—Nada de lo que te diga te beneficiará —contestó—. Básicamente, yo también soy todavía un novato. Pero puedo ser tu amigo...

—No necesito amigos —le interrumpió Thomas.

Alargó la mano hacia la puerta, una fea tabla de madera descolorida por el sol, y la abrió de un empujón para ver varios rostros estoicos a los pies de una escalera llena de curvas, cuyos peldaños y barandilla se retorcían y giraban en todas las direcciones. Un papel oscuro cubría las paredes del vestíbulo y del pasillo, aunque la mitad estaba despegada. La única decoración a la vista era un jarrón polvoriento sobre una mesa de tres patas y una foto en blanco y negro de una mujer mayor vestida con un traje blanco pasado de moda. A Thomas le recordó la casa encantada de una película o algo por el estilo. Hasta faltaban tablones de madera del suelo.

Aquel sitio olía a polvo y a mohó, un gran contraste con los agradables olores de afuera. Unas trémulas luces fluorescentes brillaban en el techo. Aún no se lo había planteado, pero tenía que pensar de dónde venía la electricidad en un sitio como el Claro. Se quedó mirando a la anciana de la fotografía. ¿Habría vivido alguna vez allí? ¿Se habría ocupado de aquella gente?

—Anda, mira, es el judía verde —dijo uno de los chicos mayores. Con un sobresalto, Thomas advirtió que se trataba del tío del pelo negro que le había lanzado antes la mirada asesina. Parecía tener unos quince años, era alto y flaco. Su nariz era tan grande como un pequeño puño y se asemejaba a una patata deforme—. Este pingajo seguro que se ha cloncado en los pantalones cuando ha oído al bebé de Benny gritar como una niña. ¿Necesitas un pañal limpio, cara fuco?

—Me llamo Thomas.

Tenía que alejarse de aquel tío. Sin decir nada más, se dirigió a las escaleras, sólo porque estaban cerca, sólo porque no tenía ni idea de qué hacer o de qué decir. Pero el matón se le puso delante y levantó una mano.

—Para el carro, verducho —señaló con el pulgar el piso de arriba—. Los novatos no pueden ver a alguien a quien han... cogido. Newt y Alby no lo permitirán.

—¿Qué problema tienes? —espetó Thomas, tratando de apartar el miedo de su voz, tratando de no pensar en lo que el chaval quería

decir con *cogido*—. Ni siquiera sé dónde estoy. Lo único que quiero es un poco de ayuda.

—Escúchame, judía verde —el chico arrugó la cara y cruzó los brazos—. Te he visto antes. Hay algo sospechoso en el hecho de que estés aquí y voy a averiguar de qué se trata.

Una oleada de calor latió por las venas de Thomas.

—No te había visto en mi vida. No tengo ni idea de quién eres y no podría importarme menos —soltó.

Pero ¿cómo iba a conocerle? ¿Cómo podía ese chico recordarle?

El matón se rió por lo bajo, una risita mezclada con un resoplido lleno de flemas. Entonces puso una cara más seria e inclinó las cejas hacia dentro.

—Te he... visto, pingajo. No hay muchos de por aquí a los que hayan picado —señaló hacia arriba por las escaleras—. A mí, sí. Sé por lo que está pasando Benny. Yo ya he estado ahí. Te vi durante el Cambio —le dio un golpe a Thomas en el pecho—. Y me apuesto tu primera comida de Fritanga a que Benny también te ha visto.

Thomas se negó a romper el contacto visual, pero decidió no decir nada. El pánico le consumiÓ de nuevo. ¿Dejarían las cosas de empeorar en algún momento?

—¿Los laceradores han hecho que te hagas pis encima? —dijo el chico con sorna—. ¿Estás un poco asustado ahora? No quieres que te piquen, ¿eh?

Otra vez aquel verbo. «Picar». Thomas intentó no pensar en ello y señaló hacia arriba, hacia donde se oían los gemidos del chico enfermo, que retumbaban en todo el edificio.

—Si Newt ha subido ahí, quiero hablar con él.

El chico no dijo nada y se quedó mirando fijamente a Thomas unos segundos. Luego negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? Tienes razón, Tommy, no debería ser tan malo con los novatos. Sube, estoy seguro de que Alby y Newt te pondrán al corriente. En serio, vamos. Lo siento.

Le dio una palmadita a Thomas en el hombro, luego se apartó y señaló hacia las escaleras. Pero Thomas sabía que el chaval se traía algo entre manos. El hecho de haber perdido parte de la memoria no le convertía a uno en un idiota.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Thomas mientras hacía tiempo para decidir si, después de todo, debía subir.

—Gally. Y no te lleves a engaños: yo soy el auténtico líder aquí, no esos viejos pingajos de ahí arriba. Soy yo. Tú puedes llamarme capitán Gally, si quieres.

Sonrió por primera vez; los dientes le hacían juego con aquella nariz repugnante. Le faltaban dos o tres y ni uno se acercaba ni siquiera un poco al color blanco. El aliento se le escapó lo justo para que a Thomas le llegara un hedor que le recordó algo horrible, aunque no supo de qué se trataba. Le revolvió el estómago.

—Vale —asintió, tan harto de aquel tío que quiso gritar y darle un puñetazo en la cara—, capitán Gally —exageró el saludo y notó una subida de adrenalina, pues sabía que se había pasado de la raya.

Se oyeron unas cuantas risas entre los del grupo de afuera y Gally se dio la vuelta con la cara colorada. Se volvió para mirar a Thomas con la frente y aquella monstruosa nariz arrugadas por el odio.

—Sube las escaleras —dijo Gally— y mantente alejado de mí, gilipullo —señaló hacia arriba de nuevo, pero no apartó los ojos de Thomas.

—Muy bien.

Thomas miró a su alrededor una vez más, avergonzado, confuso y molesto. Notaba el calor de la sangre en su cara. Nadie se movió para impedir que hiciera lo que Gally le estaba pidiendo, salvo Chuck, que estaba en la puerta principal, negando con la cabeza.

—Se supone que no puedes subir —murmuró el niño—. Eres un novato, no puedes estar ahí.

—Ve —dijo Gally con desdén—. Sube.

Thomas ya estaba lamentando haber entrado, pero quería hablar con Newt. Se quedó mirando las escaleras fijamente. Los peldaños se quejaban y crujían bajo su peso. Se habría detenido por miedo a caer debido a lo vieja que estaba la madera, de no haberse dado una situación tan incómoda en la planta baja. Así que subió, estremeciéndose cada vez que oía cómo se astillaba la madera. Las escaleras le llevaron a un rellano, giraron a la izquierda y luego dieron a un pasillo con

barandilla donde había varias habitaciones. Pero sólo de una de ellas salía luz por la rendija de la parte inferior.

—¡El Cambio! —gritó Gally desde abajo—. ¡Ya verás, cara fuco!

Como si la burla le hubiera dado a Thomas una inyección de valor, caminó hacia la puerta iluminada al tiempo que ignoraba el crujido de las tablas del suelo y las risas de abajo, la avalancha de palabras que no entendía, reprimiendo las espantosas sensaciones que provocaban. Alargó la mano para girar el pomo dorado y abrió la puerta.

En el interior de la habitación, Newt y Alby se hallaban agachados junto a alguien que estaba tumbado en una cama.

Thomas se acercó para ver a qué venía tanto escándalo, pero, cuando vio mejor las condiciones del paciente, se le heló el corazón. Tuvo que luchar contra la bilis que le subió a la garganta.

El vistazo fue rápido, tan sólo un par de segundos, pero bastó para que se le quedara grabado en la memoria. Una pálida figura se retorció desesperada, con el pecho desnudo y espantoso. Los cordones tensos que eran sus repugnantes venas verdes recorrían el cuerpo del chico y sus extremidades, como cuerdas bajo su piel. El chaval estaba cubierto de moratones violáceos, urticaria roja y arañazos sangrantes. Sus ojos rojos se le salían de las órbitas y se movían de un lado a otro a toda velocidad. La imagen ya se había quedado grabada a fuego en la cabeza de Thomas antes de que Alby se levantara de un salto para bloquearle la vista, pero no los gemidos y los gritos. Sacó a Thomas a empujones del cuarto y cerró la puerta de golpe al salir.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, novato? —gritó Alby, con los labios tensos por la furia y los ojos brillantes.

Thomas se sintió débil.

—Yo... eeh... quería algunas respuestas —murmuró, pero no pudo darle fuerza a sus palabras; en su interior, se había rendido. ¿Qué le pasaba a aquel chaval? Thomas se apoyó en la barandilla del pasillo y bajó la vista al suelo, sin estar seguro de lo que haría a continuación.

—Saca ahora mismo de aquí tus mejillas de renacuajo y baja las escaleras —le ordenó Alby—. Chuck te ayudará. Si te vuelvo a ver otra vez antes de mañana por la mañana, no vivirás un día más. Te arrojaré yo mismo por el Precipicio, ¿me captas?

Thomas estaba humillado y asustado. Se sentía como si le hubieran reducido al tamaño de un ratón. Sin decir ni una palabra, pasó junto a Alby y se dirigió hacia los escalones que crujían, tan rápido como se atrevió. Ignoró las miradas boquiabiertas de los que había en la planta baja, sobre todo la de Gally, salió por la puerta y cogió a Chuck del brazo para marcharse con él.

Odiaba a aquella gente. Los odiaba a todos. Excepto a Chuck.

—Aléjame de estos tíos —dijo, y entonces se dio cuenta de que quizá Chuck era su único amigo en el mundo.

—Lo has pillado —contestó Chuck con un tono alegre, como si estuviera entusiasmado porque le necesitara—. Pero antes cogemos un poco de la comida que ha hecho Fritanga.

—No sé si alguna vez podré volver a comer.

No después de lo que acababa de ver.

Chuck asintió.

—Sí, sí que podrás. Nos vemos en el mismo árbol de antes en diez minutos.

Thomas estaba más que satisfecho por haberse alejado de la casa y volver al árbol. Sólo hacía un rato que sabía cómo era vivir allí y ya quería que acabara. Deseó con todas sus fuerzas recordar algo de su vida anterior, pero no le venía nada a la cabeza. Ni su madre, ni su padre, ni un amigo, ni el colegio, ni una afición. Ni una chica.

Parpadeó con fuerza varias veces para intentar deshacerse de la imagen que acababa de ver en la choza.

«El Cambio», Gally lo había llamado el Cambio.

Hacía calor, pero Thomas volvió a sentir un escalofrío.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 8-11-2010

EL CORREDOR DEL LABERINTO

James Dashner



ISBN: 978-84-938013-1-1. PVP: 17 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)